

hubiera pasado Jesucristo sujeto á la direccion y á las órdenes de san José, esto seria bastante para que este santo Patriarca de la ley nueva fuese venerable entre todos los Santos: ¿con cuánta mas razon lo será despues que Jesús ha querido vivir, y realmente ha vivido tan largo tiempo bajo sus leyes? Educado, alimentado, custodiado, y provisto de todas las cosas por José por mas de veinte y cinco ó treinta años, ¿podria no desear que todos los cristianos se esforzasen en pagarle con homenajes especiales los grandes y fieles servicios que este buen Padre ha prestado á su adorable persona?

Jesucristo declaró un dia su voluntad sobre este punto á santa Margarita de Cortona, en una aparicion, en la que entre otras cosas le recomienda que sea especialmente devota de san José, á quien él se reconoce deudor por haberle alimentado con tanto celo y afecto.

Seria una ingratitud verdaderamente inexcusable de parte de los cristianos no pagar á san José un tributo de honor y de veneracion, por amor de ese Dios Salvador, á quien tenemos obligaciones infinitas.

En cuanto á mí, ó Jesús mio, yo quiero seguir vuestro ejemplo; yo quiero servir al que habeis servido; yo quiero honrar al que habeis honrado; yo quiero amar al que habeis amado en cualidad de hijo. En fin, ¡oh dulce Jesús mio! por esa profunda humildad que hizo á vuestra adorable persona obediente á las menores insinuaciones de san José, os suplico concedais á vuestro indigno siervo consagrarse desde este momento y para siempre al servicio de este gran Santo, entendiendo como entiendo que es una cosa muy agradable á Vos, puesto que primero me habeis dado el ejemplo.

CAPÍTULO II.

Segundo motivo de devocion á san José, esto es, el ejemplo de la santísima Virgen.

El antiguo patriarca José, desde los primeros años de su juventud, tuvo conocimiento de la gloriosa fortuna que le estaba reservada para el porvenir. Dios le hizo ver en sueños los dos principales astros del firmamento, el sol y la luna, que respetuosamente se inclinaban en su presencia. Hé

hubiera pasado Jesucristo quieto á la derecha

aquí que puede decirse que el primer José fue la figura del segundo. El sueño profético que tuvo se verifica de un modo mas perfecto en san José, desde que Jesucristo, verdadero sol de justicia, y María, esa luna misteriosa que comunica á la tierra la luz que recibe del sol, le rindieron, como á su jefe, la mas respetuosa obediencia, y quisieron enteramente depender de su direccion. No es esto todo: una aparicion semejante se hizo ver á otro profeta¹. El sol y la luna permanecieron inmóviles en sus puestos. ¿En dónde, pues, se ha visto este prodigio, sino en la santa casa de Nazaret? Bien puede decirse que esa casa era de la luna y del sol, y que permanecian inmóviles, dado que no tenian otros movimientos que los que recibian de la voluntad y de la voz de san José. Ya hemos visto al sol, es decir, al Hijo de Dios, sometido á José como á su padre; vamos ahora á ver á la luna, es decir, á la Madre de Dios, sometida tambien á san José, no solamente como á su esposo, sino tambien como á su protector, y en alguna manera como á su padre.

¹ Habac. III.

Entre todos los astros la luna es la imagen mas viva del sol: del mismo modo entre todos los Santos María ha sido la mas perfecta imitadora de las virtudes y de las acciones del Hombre-Dios. Además, entre los ejemplos que nos ha dejado, yo encuentro el respeto que tenia á san José. Era su esposo; y por este título ella le obsequiaba y obedecía humildemente en todas las cosas. Sí, Virgen santísima, aun cuando el vínculo conyugal no os hubiera colocado en un estado de dependencia de san José, hubiérais, sin embargo, sabido rendirle todos los deberes de la mas respetuosa sierva, para conformaros al ejemplo que teníais ante los ojos, al ejemplo de vuestro divino Hijo.

Es verdad que María sabia que el Espíritu Santo le dió un esposo lleno de toda clase de virtudes, lo que fue para ella un motivo para honrarle; pero cuando luego vió al Hijo de Dios que le respetaba como á su padre, que le servia como á su señor, y que le escuchaba como á su maestro, ¿quién podrá decir cuánto aumentaron en ella la estimacion, la veneracion y el amor hácia su Esposo? Ella, por decirlo así, hu-

hubiera pasado. Escribió en esto á lo dino

biera querido disputar con Jesús los testimonios de honor y de respeto ; pero no pudiendo llegar á esa humildad, porque era la humildad de un Dios, encuentra en su impotencia motivos para confundirse ; y esta confusión toda santa la presentaba á san José como indemnización de lo mas que hubiera deseado hacer, no solamente como esposa, sino tambien como sierva, á imitación de su Hijo.

Alberto el Grande dió un magnífico título á san José, llamándole protector y patron de María, *patronus Virginis*, porque este Santo tomó con celo la defensa de su honor y de su virginidad, cuando ignorando todavía los misterios de su preñez, y queriendo impedir que la calumnia manchase su reputación, se resolvió con un dolor extremo á separarse secretamente de ella. En efecto, este era el partido mas favorable al honor de María : pero en seguida tomó con mucho mas vigor su defensa, luego que el Ángel le reveló el misterio de esa preñez toda pura y divina : *José, hijo de David, no temas recibir á tu Esposa, porque el fruto que lleva en su vientre es obra del Espíritu Santo.* Por estas

palabras el Ángel, ó mas bien el mismo Dios, declaró á san José protector y custodio de esa admirable pureza que, por un privilegio todo divino, reunia en una misma persona la flor de la virginidad y el fruto de la maternidad ; que fue lo mismo que la Virgen María reveló á santa Brígida ¹. Desde entonces, y por toda la série de los siglos, san José vino á ser el testigo irrecusable de la virginidad de María, contra las tenebrosas calumnias que el espíritu del error y de la herejía debió vomitar un dia para empañar su brillo y su candor. La bienaventurada Virgen, viendo á su santo Esposo inflamado de un celo igual al del Querubín que, armado con una espada de fuego, velaba en guarda del paraíso terrestre, ella misma le dió el título de celoso defensor de su virginidad, segun lo declaró á santa Brígida. Y en esto tuvo mucha razon ; porque si bien ella habia concebido por la virtud sola del Espíritu Santo, todavía, para el complemento del misterio de la Encarnación, fue necesario el concurso, esto es, la protección de san José, ora para conservar su

¹ Revelaciones, lib. IV, cap. 59.

reputacion intacta á los ojos de los judíos, ora para dar lugar á que su Hijo divino entrase sin deshonor al mundo. Por otra parte, estando el corazon de María lleno de gracias, y no menos de gratitud, no se puede expresar hasta qué punto se creía obligada hácia su santo Esposo, y de qué manera se manifestaba dispuesta á darle testimonios de su reconocimiento con actos de la sumision mas respetuosa y de la mas tierna afeccion. Baste decir con san Bernardino de Sena que María gratificaba á san José ofreciéndole los dones mas preciosos que ofrecer puede una esposa vírgen y una vírgen madre. Como esposa vírgen, le da su propio corazon, su corazon inmaculado, santuario vivo de la Divinidad, á fin de que, enriquecido con este tesoro, tuviese en lo sucesivo el derecho de decir: «En cualidad «de esposo, yo poseo el corazon de María; «mio es el corazon mas puro, el mas amante y el mas amable de todos los corazones.» Como madre vírgen, María pone en manos de su Esposo á Jesús, á Jesús fruto bendito del árbol de la vida, y gérmen de toda bendicion. Ahora bien, ¡con qué lla-

mas de amor abrasaria el divino Niño el corazon de san José, y qué torrentes de alegría incendiarian su alma en aquellos momentos deliciosos en que un Dios que hace la felicidad de los Santos sonreia con su padre adoptivo, descansando en sus brazos! ¿No poseia José en Jesús mas tesoros y mas dulzuras que puedan contener el cielo y la tierra? En estas tres palabras *Jesús, hijo mio*, decia mas que el apóstol santo Tomás cuando exclamaba: *Señor mio y Dios mio*: mas que el seráfico san Francisco de Asis, que repetia mil veces: *Mi Dios y mi todo*. Es verdad que no era padre de Jesús por la naturaleza; pero no por eso tenia menos autoridad sobre él, ni menos derecho de darle el nombre de hijo, en cualidad de esposo de su madre; y además, ¿no se mostraba padre, y mas que padre, por un amor que jamás padre alguno en el mundo ha podido igualar? María tambien le dejaba en plena posesion de ese bello título, y no vaciló en dárselo en todas ocasiones: *Ego et pater tuus quærebamus te*. «Tu padre y yo te hemos buscado.»

San José no solamente respecto del Hom-

hubiera pasado. Jesuista quiere á lo dino

bre-Dios se manifiesta padre lleno de solitud y de ternura; tambien respecto de María se conduce mas bien como padre que como esposo y señor. Es por esto que María, para corresponder á los sentimientos de un esposo tan humilde, tan puro y tan caritativo, se hace siempre un deber de amarle, de honrarle y de servirle con toda la deferencia de una esposa, ó, mejor dicho, con toda la sumision de una hija respecto de un buen padre. Ella sabia que el Padre eterno estaba con su Esposo, y que le dirigia en todas sus acciones, como está escrito del antiguo José: sabia tambien que hacia sus veces en la tierra, y que le habia confiado la direccion, no solamente del Hombre-Dios, sino tambien la de su Madre; y por tanto, como hija obediente y respetuosa, habia puesto su libre albedrío en manos de José, para que dispusiese de él segun su beneplácito. Así es que José quiere que María, muy cercana al término de su preñez, haga con él un viaje hasta Belen; y al momento se pone en camino María. Quiere que le acompañe á Egipto con el recién nacido Niño; y al instante marcha siguiéndole atra-

vesando los desiertos. José permanece por lo menos siete años en esa tierra infiel; y María jamás abre su boca para preguntar la causa de un destierro tan largo y tan molesto. José intima la órden de volver á Judea; María le sigue como una oveja dócil seguiria á su pastor, quedando satisfecha de que no á ella, sino á él sea á quien los Ángeles revelen las órdenes del cielo. En una palabra, constantemente se manifiesta mas puntual y mas pronta á ejecutar la voluntad de su Esposo, que los astros al recorrer sus órbitas y perfeccionar sus revoluciones periódicas.

Un antiguo panegirista, mas adulator que sincero, se permitió escribir en alabanza de la emperatriz, mujer de Trajano, que la obediencia bastaba para la gloria de una esposa: *Uxori sufficit obsequii gloria*¹. Una princesa, decia él, que tiene por esposo á un héroe tal como Trajano, nada puede hacer mas glorioso para ella misma que obedecerle. Vos, pues, grande Emperatriz del cielo, si os dignais descubrirnos los sentimientos de vuestro corazon, como lo habeis he-

¹ Plinio el Joven.

cho con vuestra amada hija santa Brígida, podréis para gloria de vuestro santo Esposo repetirnos estas palabras tan lacónicas como expresivas: «Yo no encontraba que fuese «abajarme el preparar y servir á José en lo «que era necesario ¹. Yo me complacia en «prestarle los servicios mas bajos.» Es decir, ó Virgen admirable, que en la casa de Nazaret haciais consistir vuestra gloria, lo mismo que Jesús, en obedecer en todas las cosas á José. Sus insinuaciones eran para Vos órdenes; y su voluntad la regla de vuestros pasos, de vuestros pensamientos y de vuestros afectos. En fin, no habia servicios tan bajos, ni misterios tan abyectos, á los que no os gloriáseis descender, para ofrecer á san José todo lo que puede darse de afecto al mas digno de los esposos, de respeto al mas celoso de los protectores, y de obediencia al mas tierno de los padres.

Tales fueron los homenajes que la Madre de Dios rindió sobre la tierra al padre adoptivo que Dios se habia elegido, dándole por esposo. Pero esto, sin embargo, era demasiado poco para ella. Desde el trono que

¹ Revelaciones, lib. VII, cap. 35.

ocupa en lo mas alto del cielo se abate todavía para continuar en alguna manera sus servicios, por medio de las invitaciones que ha hecho á todos los cristianos para que se declaren siervos de san José. ¿Quién no sabe que en la santa casa de Nazaret (hoy dia de Loreto), donde ella le habia dado durante su vida testimonios tan brillantes de respeto y obediencia, fue donde tambien mandó al P. Baltasar Álvarez de la Compañía de Jesús, su devoto siervo, que tomase á san José por su protector especial ¹? María, á uno de sus mas devotos siervos del Orden premonstratense, le hizo cambiar su nombre de Herman en el de José ²: á un esclavo moro de Nápoles le mandó que recibiese el Bautismo, y tomase el nombre de José, en memoria de su Esposo ³: descendió desde el cielo para venir á ofrecer un presente inestimable, y manifestar su gratitud á santa Teresa por la gloria que habia procurado á san José, extendiendo su culto en toda la Iglesia ⁴: María, en fin, abriendo los cielos, des-

¹ Véase su vida, cap. 6. — ² Surio, 17 de abril.

³ Así lo dice el P. Senyeri. — ⁴ Véase su vida, capítulo 33.

cubrió á los ojos de santa Gertrudis el incomparable brillo del trono donde está colocado su glorioso Esposo, haciéndole advertir tambien como al solo nombre de José todos los Santos del paraíso inclinan dulcemente la cabeza para honrarle ¹.

Pues si María nos ha dejado unos tan palpitantes ejemplos de obediencia y respeto á san José; si al presente, que ya no puede servirle en el cielo, donde los dos reinan con tanta gloria, aun excita á sus siervos devotos, que tiene sobre la tierra, á que se hagan igualmente siervos de su Esposo, y le honren con un culto particular, ¿qué cristiano podrá creerse dispensado de tenerle una devocion especial? Yo sé que todos los cristianos, con mas ó menos fervor, hacen profesion de dar á María el primer lugar en su corazon despues de Jesús. Pero ¡ah! ¿cómo se lisonjearán de amarles, si no aman igualmente á aquel á quien Jesús y María tanto han amado?

Una señora de gran piedad, que se llamaba Ana Kertai, fue la primera que se propuso introducir el culto de san José en Ter-

¹ Revelaciones, lib. IV, cap. 12.

nova, ciudad de Turquía, su patria, donde el culto de la Virgen santísima se hallaba en estado muy floreciente; al efecto hizo construir una capilla en honor suyo, en la iglesia de los Padres de la Compañía de Jesús. Pero advertid cuál fue el motivo principal que inflamó su celo en esta ocasion. La devocion de los habitantes de Ternova á la Virgen María sin duda era á sus ojos un diamante precioso, pero que le faltaba estar montado en el oro que debía aumentar su esplendor: esto fue lo que hizo ella, desplegando todo su celo para inspirar á sus piadosos conciudadanos una devocion á san José, en todo semejante á la que tenian á la Virgen santísima. Á esto podrá objetarse, que debé temerse que así se divida el corazon, pues lo que se da á uno, naturalmente se le defrauda al otro. ¡Temor imaginario! La experiencia hará ver que la devocion de María, léjos de disminuirse, se inflama mucho mas con la devocion á san José. Así como no defraudamos á Jesús nuestro corazon, porque en él tenga parte María; del mismo modo no lo defraudamos á María, porque en él tenga parte José. El mútuo afecto que une á Jesús,

María y José, hace de la sacra familia un solo corazón y una sola alma, *cor unum, et anima una*: lo mismo sucederá con la devoción que les reuna á todos tres en nuestro corazón. Santa Magdalena de Pazzis dice que san José tiene un cuidado particular de los fieles que combaten bajo el estandarte de María; y otro Santo añade que quien sea verdaderamente devoto de José, lo será igualmente de María: verdad incontrovertible, puesto que estos dos admirables esposos, á semejanza de dos lirás perfectamente acordes, forman entré sí la mas perfecta armonía.

Honrad, pues, á san José, lector amado, y no temais hacer demasiado por él, pues el honor que le tributeis refluye necesariamente en su Esposa, ora por el afecto que los une, ora porque las leyes humanas disponen que entre los esposos haya comunidad de bienes y de honores.

CAPÍTULO III.

Tercer motivo de devoción á san José, á saber, el ejemplo de los Ángeles.

El santo patriarca Jacob, al ver por vista de ojos la gloria de su hijo muy querido, olvida que era su padre, y postrándose ante el cetro de José, le rinde los homenajes mas respetuosos: *Adoravit fastigium virgæ ejus.* ¡Oh! ¡qué sentimientos de respeto y de veneración debió producir el ejemplo de un padre en el corazón de sus otros hijos, respecto de un hermano tan grande y venerable! Amado lector mio, despues de haber contemplado al Hijo de Dios y á la Madre de Dios á los piés de José, tal vez juzgaréis que es supérfluo que os le manifieste honrado y servido por los Ángeles. Nada tiene de maravilloso, diréis, el que los señores de una gran corte, y aun los de la primera nobleza, honren á un personaje á quien su mismo soberano haya tributado los honores debidos á un rey. Yo convengo con vosotros; ciertamente seria supérfluo lo que voy á decir, si no aumentase nada al elogio y al mérito de nues-